

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

(Des)cifrando al otro: los avatares de la construcción intelectual oriente-occidente.

Marina Méndez.

Cita:

Marina Méndez (2005). *(Des)cifrando al otro: los avatares de la construcción intelectual oriente-occidente*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/609>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X° JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTO DE HISTORIA
Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005.

Título: (Des)cifrando al Otro: Los avatares de la construcción intelectual Oriente-Occidente

Mesa N° 64: “*Violencia, discriminación y marginalidad: la alteridad como frontera. Ayer y hoy*”. Coordinadores: Susana B. Murphy (UBA) - Estela Salles (UNLu)

Marina Méndez (estudiante)

Universidad de Buenos Aires – Facultad de Filosofía y Letras

Av. Juan B. Justo 7877, p. 15 “D”

4635-4560

amarinmen@hotmail.com

No puedo descifrarte porque no sé cómo me descifras.

R. Barthes,
Fragmentos de un discurso amoroso

Introducción

El presente trabajo abordará la articulación Occidente-Oriente. La operación a través de la cual este último se constituye como el Otro, aquél que en su apariencia inextricable parece ofrecerle a Occidente las herramientas para descifrarse a sí mismo.

En la primera parte se intentará explorar las posibilidades de un acercamiento a la cuestión a través de la reflexión de ciertos aspectos que orbitan, más bien, en el universo de las disciplinas referidas al lenguaje. Fue éste, un paso obligado a los fines del trabajo ha realizar, pues cómo pensar a ese Otro, sin habernos detenido antes a examinar ciertos problemas que ya desde el comienzo se plantean, al pretender explicarlo siempre haciendo uso de nuestro lenguaje incorporado (incapacitados como estamos para escapar a él)

A partir de esto, en la segunda parte, se plantearán aquellas marcas de referencia, que condicionaron -a través de la acumulación de lecturas- las miradas de William Beckford y Lord Byron, los dos autores, cuyas obras se han de trabajar aquí. Ambos escribieron en la bisagra de los siglos XVIII y XIX; período convulsionado en la Europa occidental.

Mientras tanto, en la tercera y última parte, a partir de la lectura de *Vathek* (Beckford, 1786) y *Sardanápalo* (Byron, 1821) se presentará el análisis de una figura puntual y recurrente en las aproximaciones al Oriente; figura que define, en muchos casos, la propia situación de alteridad: el Harén, sintetizado en sus mujeres.

En esta representación, se conjugará, entonces, el *exotismo* y el *extrañamiento* que embargaba a Europa ante aquél que era prácticamente lo inverso a ella y que además, se comportaba de modo condenable según sus costumbres.

Era una moralidad perversa la que emergía de esta figura ante los ojos de Europa, no obstante, su recurrente aparición en la literatura, deja entrever también, en esos mismos ojos, la fascinación que aquella desataba.

Una breve aproximación histórica-teórica a la cuestión del Otro

Ideas, representaciones sobre el Oriente y lo supuestamente oriental invaden la literatura del período romántico. La estética oriental prestaba armas a la misma. Lejano y "exótico", Medio Oriente se ofrecía como el escenario ideal en el cual presentar amores tortuosos, odios viscerales y pasiones desenfadadas con aroma a sangre.

Cuando en 1705-8 se traduce al inglés *Las mil y una noches*, una intensa fascinación por Oriente se desencadena.

No obstante, ciertas particularidades caracterizarán el vínculo que el Occidente establecerá con Oriente. Un vínculo que, indudablemente, se verá condicionado por el lugar que este último ocupó en la experiencia de la propia Europa Occidental. El Oriente le ofrecerá, entonces, a Europa (u Occidente), la posibilidad de definirse en contraposición a su imagen, su idea; su representación no habita sólo en el ámbito del imaginario occidental, puesto que efectivamente, constituye "parte integrante de la civilización y de la cultura europea".¹

Hablar de orientalismo, es hablar de una empresa cultural británica y francesa. Como tal, tamaño proyecto se levantará con todo un complejo aparato de ideas "orientales".² Despotismo, crueldad, promiscuidad, serán supuestos invocados una vez y otra tanto en la vulgar conversación pasatista, como en el propio discurso académico ligado a los denominados, muy pretenciosamente, "estudios orientales", cuya fomentación sin duda, debe asociarse al menos en estos dos Estados a la expansión del colonialismo y otras formas de dominación ejercidas sobre África y Asia por ambos países para esta misma época.³

A partir de estas cuestiones, sería interesante pensar -tal como E. Said propone- el discurso orientalista como signo y producto del poder efectivamente ejercido por Europa sobre Oriente. En el transcurrir de la experiencia en la que Europa (y Occidente) intentan definirse y explicarse -afirmarse replicando que no son lo que Oriente es y viceversa- irá elaborándose un discurso de una gran coherencia, una coherencia que se define a través de las ideas que el continente posee sobre Oriente. Poco importará la correspondencia o no con

¹ Said, Edward W.: *Orientalismo*, Barcelona, Mondadori, 2003, p. 20.

² *Ibid.*, pp. 22-23.

³ Bernal, Martin: *Atenea Negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Barcelona, Crítica, 1993, p. 225.

el Oriente "real", inabarcable y probablemente incomprensible, puesto que es la relación existente entre ambos -relación de poder y dominación- la que define la mirada orientalista. Oriente es una idea, pero es además una idea que tiene una historia, una tradición de pensamiento plerónica en imágenes y vocabulario que le han dado una realidad y una presencia en y para Occidente.⁴ El Oriente será, entonces, "orientalizado" desde Occidente, y esto será así, no sólo porque se lo comprende como "oriental" según los estereotipos de un europeo del siglo XIX, sino porque también se podía conseguir que lo fuera, se lo podía obligar a serlo.⁵ Por esto, la solidez del discurso orientalista deberá buscarse y comprenderse, en la estrechez de sus lazos con las instituciones socioeconómicas y políticas existentes y en los intereses concretos de las potencias colonizadoras sobre los territorios que al intentarse estudiar e investigar, se pretendía domesticar y apropiar.

Así el orientalismo ha configurado un sistema para conocer Oriente, un filtro instalado en la conciencia occidental aplicable a cualquier forma oriental. Este mismo plantearía, siguiendo los lineamientos propuestos por Said, la distribución de una cierta conciencia geopolítica en textos eruditos, estéticos, históricos, filológicos, diseñando una distinción geográfica básica que apelaría a forjar una conciencia capaz de advertir que el mundo está formado por dos partes notoriamente diferentes entre sí. No obstante, da cuenta también, de cierta voluntad o intención de abordar un mundo diferente, constituyéndose en un discurso que si bien no puede hacerse corresponder inmediatamente con el poder político, se produce y reproduce en el interior de una relación desigual con varios tipos de poder, puesto que "(...)se conforma a través de un intercambio con el poder político (como el Estado colonial o imperial), con el poder intelectual (como las ciencias predominantes), con el poder cultural (como las ortodoxias y los cánones que rigen los gustos, los valores y los textos), con el poder moral (como las ideas sobre lo que <nosotros> hacemos y <ellos> no pueden hacer o comprender del mismo modo que <nosotros>).⁶

De esta manera, el discurso orientalista habilita un acceso al Oriente, revelando en su misma elaboración, una mirada que filtrada por ese "sistema para conocer(lo)" aumenta la distancia con respecto a ese mundo que intenta atrapar. El orientalista intenta acercarse a

⁴ Said, op. cit., p. 24.

⁵ *Ibíd.*, p. 25.

⁶ *Ibíd.*, pp. 34-35.

su objeto, intenta capturarlo con el lenguaje, pero aquél irremediabilmente se aleja, se torna inasible.

La realidad, como el lenguaje, no es ni simple, ni singular; en ambos casos tratamos con configuraciones ambiguas. Cuando un niño aprende a hablar, incorpora al mismo tiempo las reglas y los elementos principales de su cultura, constituyéndose a través del lenguaje como persona.⁷ Así, en tanto que sujetos forjados y atravesados por el lenguaje, no somos "libres" de pensar algo que esté por fuera de las reglas de nuestra cultura, que sea externo a ese conjunto de signos que en el transcurso de nuestra experiencia de vida fuimos incorporando a través de aquél.⁸

El filósofo J. Derrida sostiene en varios de sus trabajos, que todo el pensamiento occidental estaría asentado en la idea de "centro", susceptible también éste, de concebirse como un Origen, una Verdad, un Punto Fijo, un Dios o una Esencia, que generalmente se suele escribir con mayúscula y que garantiza todo significado. Según el filósofo se hace difícil para Occidente aceptar la idea de vacío. Se ha heredado en él, una visión del mundo que otorga más valor a la presencia que a la ausencia, al todo que a la nada. De allí, la inminencia de la necesidad de configuración de un centro que estaría, a su vez, condicionando la exclusión o marginación de los otros posibles centros, quienes en la operación dejarían de ser sólo potenciales alternativas, para devenir definitivamente en el Otro. El anhelo de configuración de un centro originará, entonces, pares de opuestos binarios, en los cuales un término es central y el otro marginal; la única posibilidad de acceder a la realidad es por medio de conceptos, códigos y categorías, que en todo el pensamiento occidental funcionarán, del mismo modo: forjando pares de opuestos binarios en los que uno es privilegiado, marginándose al otro componente.⁹

Decir el Otro es postularlo como diferente, es reivindicar la existencia de dos términos y sostener que uno no es el otro. Pero la diferencia sólo adquiere interés en el

⁷ El antropólogo Clifford Geertz que ha indagado en las relaciones entre cultura y lenguaje, sostiene que la cultura sería un modelo y una representación de la naturaleza, una perspectiva sobre el yo y la sociedad, una visión del mundo que expresada en símbolos deviene en un conjunto elaborado de signos, un sistema de comunicación. Geertz, Clifford: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2002.

⁸ Foucault, Michel: *Las palabras y las cosas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, Cap. VII.

⁹ Estos problemas pueden explorarse en Derrida, Jacques: *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971. y Derrida, Jacques: *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.

momento en que el uno y el otro, entran en un mismo sistema. Hasta ese momento lo único que existía era una no coincidencia pura y simple.¹⁰

Será ésta la gran operación que define los avatares de la articulación Occidente-Oriente. Si sólo podemos relacionarnos con el mundo a través del lenguaje incorporado, si la realidad objetiva no puede ser directamente abordada puesto que está sujeta al devenir simbólico del lenguaje y si el pensamiento occidental se organiza mediante este sistema binario de términos opuestos que define la necesidad de existencia de un centro; el orientalismo parecería poder explicarse como una configuración discursiva,¹¹ que en el intento de exhibir al Otro (la elección del verbo no es casual) lo representa y al representarlo lo *ausenta*. El Otro es pensado desde Occidente. Pero ¿qué es el pensamiento sino, el esfuerzo del sujeto de representarse los objetos, dárselos, ponerlos para él y ante él?¹² Y sólo somos capaces de pensar en el marco de las posibilidades que nos presta el lenguaje internalizado. J. Derrida sostiene que cuando somos incapaces de asir o mostrar una cosa determinada -lo que él llamará el ser-presente-, cuando lo presente no se presenta, significamos. Eso es lo que Occidente realiza con Oriente, lo significa, para poder así abordarlo, representarlo.¹³ El signo no es otra cosa que representación. Pues representar es sustituir a un ausente para darle presencia y así, paradójicamente, confirmar su ausencia. La representación parece borrarse ante lo que muestra, parece gozar de la eficacia de mostrar la cosa como si estuviera allí, pero opacándola, oscureciéndola, pues la representación al presentarse representando a la cosa, la eclipsa y la suplanta duplicando su ausencia.¹⁴

De este modo, cuanto más capturable parece ser ese Otro para el orientalista, cuanto más ampuloso, técnico, especializado se vuelve su discurso, más se distancia de Oriente y más se aproxima, a través de él, a Occidente, puesto que más tiene que ver con él mismo que con el otro.

¹⁰ Hartog, François: *El espejo de Heródoto*, Buenos Aires, FCE, 2003, p.207.

¹¹ Siguiendo lo propuesto por Jean-Claude Milner, entiendo por configuración discursiva al conjunto de proposiciones comprendidas como aseveraciones completas y autonomizables capaces de capturar en ellas la oposición de lo verdadero y lo falso, en tanto no se elija entre lo uno y lo otro, la proposición es una hipótesis. Así de manera general, una proposición permitirá siempre construir otras tanto verdaderas como falsas. Milner, Jean-Claude: *Introducción a una ciencia del lenguaje*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2000, pp. 24-30.

¹² Enaudeau, Corinne: *La paradoja de la representación*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1999, p. 36.

¹³ Derrida, J.: *La escritura...* op. cit., p. 27.

¹⁴ Enaudeau, C., op. cit., p. 27.

A esto mismo se refiere Said, al fundamentar parte importante del orientalismo, en tanto *constructo*, en la noción de exterioridad. El escritor (orientalista) desde Occidente pretenderá hacer hablar al Oriente elaborando un relato, que retomando las ideas anteriormente expuestas, hablará mucho más de las ideas occidentales imprimidas al Oriente que de Oriente en sí. La exterioridad devendrá, entonces, en representación. Por esto el texto orientalista, se verá muchas veces atiborrado de recursos narrativos, escenas, imágenes y descripciones que en su minuciosa y obsesiva elaboración intentan presentar a Oriente como si realmente estuviera allí.

Se analizaba líneas antes, que en el lenguaje escrito y oral no hay posibilidad de presencia, todo es *represencia* o representación, la fuerza y la verosimilitud aparente de una afirmación escrita acerca de Oriente dependen muy poco de Oriente como tal, e instrumentalmente no pueden depender de él. Así, todo el orientalismo pretende reemplazar a Oriente, a la vez que se mantiene distante respecto a éste.¹⁵ Buscará reponerlo pues supone que los pueblos orientales serán incapaces de representarse por sus propios medios.

No obstante, como más arriba se explicaba, que el orientalismo tenga sentido depende más de Occidente que de Oriente, y este sentido será deudor de las técnicas occidentales de representación que construyen al Oriente en el discurso, técnicas que hacen que el mismo se vuelva algo concreto y visible, que parezca estar "allí" en el relato que sobre él se elabora. Y este conjunto de representaciones para lograr sus efectos "(...) se apoya en instituciones, convenciones y códigos de inteligibilidad (...) "¹⁶ ya instituidos. No es cuestión de azar que las representaciones de Oriente sean redefinidas en el último tercio del siglo XVIII, ampliándose mucho más sus horizontes. El colonialismo le permitió a Europa presencia efectiva en aquellas tierras antes solo esbozadas en los relatos de viajeros o la literatura, llegó a conocer Oriente de manera más científica, llegó a vivir en él con una autoridad que nunca antes había tenido. Sin embargo, el desarrollo de los estudios orientales no significó sólo un ensanchamiento de los horizontes del saber, en muchos aspectos, supuso también un estrechamiento de la imaginación y una intensificación de los sentimientos de superioridad innata de la civilización europea con respecto a las demás. Los estudios orientales terminaron, entonces, por cosificar las culturas no europeas, postulando

¹⁵ Said, op. cit., p. 46.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 46.

ingenuamente para capturar "la diferencia", la categoría <orientales>, reduciendo las características que distinguían a las culturas orientales entre sí, sólo por no ser europeas.¹⁷

Beckford y Byron: lecturas y marcas de referencia

En la parte anterior del trabajo se hacía referencia a las diferencias existentes entre las representaciones de Oriente que se elaboraron antes del siglo XVIII y las posteriores a esta época, representaciones que según Said, terminarían por configurar el orientalismo moderno, aquél con pretensiones más científicas, que no puede comprenderse sino dentro del marco de apropiación de los territorios producto del avance colonialista. Sostiene también, que en general, casi todos los escritores del siglo XIX eran extraordinariamente conscientes de la realidad del imperio y que sus opiniones sobre este tema pueden rastrearse muchas veces a lo largo de su obra.

El orientalismo puede concebirse, como un gran intercambio entre los autores individuales y las grandes iniciativas políticas que generaron los tres grandes imperios (británico, francés y estadounidense) en cuyo territorio intelectual se produjeron los escritos; escritos que terminarían por consolidar, entonces, en el orientalismo una clara tradición imperialista.¹⁸

En efecto, en el intento de abordaje de ese gran Otro que es el Oriente, cualquier escritor asume siempre de modo consciente o no, algún tipo de precedente oriental, algunos conocimientos previos en los cuales apoyarse o hacer referencia. La aproximación teórica de la primera parte del trabajo, nos permite detenernos en esta cuestión para pensarla bien. No sólo el orientalista nunca llegará "vacío" de significados al Oriente al intentar representarlo, sino que no podrá pensarlo de otra manera que dentro de los filtros constituidos en la ida y vuelta de la relación establecida entre su cultura y su lenguaje.¹⁹ Así en el transcurso de esta lógica, el orientalismo entonces, se consolidará como un "(...)sistema constituido por citas de obras y autores (...) "²⁰ y su discurso irá forjándose en

¹⁷ Bernal, op. cit., p. 225.

¹⁸ Said, op. cit., pp. 37-38.

¹⁹ V. Zecchetto cita a Michael Pyme al intentar explorar la noción de cultura en el ámbito semiótico. Ésta suele entenderse como un conjunto de redes de significación tejidas por los seres humanos. Así, el lenguaje es por lo general la primera construcción cultural humana. Zecchetto, Victorino: *La danza de los signos, nociones de semiótica general*, Buenos Aires, La Crujía Ediciones, 2003, p. 45.

²⁰ Said, op. cit, p. 48.

la constante referencia de unos autores a otros, como así también en las comunes alusiones a las obras clásicas del período griego y romano.

Autores como William Beckford y Lord Byron (que serán los que aquí se trabajarán) entre otros, reestructuraron al Oriente por medio de sus obras, lograron que su gente se hiciera visible a los ojos europeos, a través de las imágenes y los motivos que ellos utilizaron para describirlos. No obstante, la selección de los mismos, de ninguna manera es casual. Los elementos destacados y detallados, generalmente, tenían claras conexiones con aquellos otros que habían servido de referencia en los siglos anteriores. La fastuosidad, la sensualidad, el despotismo fueron invocaciones esgrimidas a propósito de Oriente mucho antes del siglo XIX.²¹

Los autores de la época, evocaban siempre un Oriente, que desde hacía tiempo habían internalizado a través de innumerables lecturas. Lecturas que construyeron en ellos subjetividad, que guiaron sus elecciones, condicionando sus miradas.²² Incluso aquellos que viajaron que transitaron sus tierras, al intentar ilustrarlas, al querer describir su gente y sus costumbres, estaban siempre condicionados por ese filtro o "sistema para conocer(lo)", que en el transcurso de generaciones se había instalado y afirmado en la conciencia occidental. No olvidemos que el orientalismo, debe comprenderse como discurso elaborado en las cercanías de las instituciones sociopolíticas y económicas existentes -ligadas al colonialismo- en donde cobraba toda su coherencia. No se trató sólo de una fantasía sin asidero que Occidente montó sobre Oriente, sino de un "(...) cuerpo de teoría y práctica (...)"²³ en la que por un largo período se realizaron fuertes inversiones, que cercanas a los intereses de los Estados en expansión, pretenderían acceder al Oriente para incorporarlo luego a sus dominios (intelectuales, territoriales, político-económicos). Así, los presupuestos que en un principio se enunciaron dentro de la disciplina orientalista, más tarde se extendieron y proliferaron en el interior de la cultura general.²⁴

²¹ Desde Esquilo, pasando por Dante y Victor Hugo, siempre es Europa la que hace hablar a Asia. "(...)Europa articula Oriente; [...] fomenta y constituye un espacio que, de otro modo, sería silencioso y peligroso, que estaría más allá de las fronteras familiares(...)" *Ibíd.*, p. 90.

²² R. Barthes propone lo siguiente en uno de sus trabajos "(...)La subjetividad es una imagen plena, con la que se supone que sobrecarga el texto, pero cuya plenitud, amañada, no es más que la estela de todos los códigos que me constituyen(...)" Barthes, Roland: *S/Z*, México, Siglo XXI, 1997, p. 7.

²³ Said, *op. cit.*, p. 26.

²⁴ *Ibíd.*, p. 26.

A partir de este cuerpo, aquellos que intentaron narrar al Oriente a través de distintos tipos de relatos (ficción, científico, crónica de viaje), terminaron por elaborar toda una retórica de la alteridad que trataría de dar cuenta de aquella diferencia significativa instaurada a partir de la relación fundamental entre los dos mundos. El narrador occidental, procuraría referir el Oriente a aquellos que forman parte de su propio mundo, de su propia cultura. No obstante ¿cómo inscribir el mundo relatado en el mundo donde se relata? Éste es el problema del narrador, quien se verá enfrentado a su vez, con un problema de *traducción*.²⁵

En la pretensión de traducir la diferencia, se instalará, generalmente, la figura de la *inversión*, figura cómoda, recurso que le permite al escritor construir una alteridad casi "transparente" al proponer al Otro, sencillamente, como el inverso a Nosotros. Inversión que aspira efectivamente a la universalidad, puesto que parece medirse en la relación con el resto del género humano. El principio de inversión ensaya, entonces, la transcripción de la otredad, parece volverla fácil de aprehender, da sentido a una alteridad que sin ella se volvería, tal vez, inextricable, puesto que "(...) la inversión es una ficción que permite "ver" y comprender: es una de esas figuras que concurre a la elaboración de una representación del mundo (...)".²⁶

No obstante, generalmente se presentan también, en el relato ciertos elementos de los cuales el procedimiento de inversión no da cuenta, sencillamente, porque no puede hacerlo. En el pasaje del mundo relatado al mundo donde se relata, ciertos elementos pueden, en algunas circunstancias, volverse intraducibles. Hartog se pregunta sobre este problema "(...) ¿ qué sucede con las características que [la traducción] no toma en cuenta? ¿tienen un sentido? ¿o su sentido es aparentemente carecer de él?(...)"²⁷ Según él, aquellas características no invertibles, aquellas mismas que se resisten al trabajo de inteligibilidad, no por ello carecen de verosimilitud; muy por el contrario, podría llegar a decirse que esta última residiría, justamente, en la ausencia aparente de sentido. Así paradójicamente, la

²⁵ Hartog, op. cit., p. 207.

²⁶ Muchas veces esta inversión no es explícita. Si bien en los relatos de viaje el narrador puede explicar la diferencia diciendo "mientras que nosotros 'x', ellos 'y'", otras veces -como será el caso de las dos obras analizadas- el mecanismo estará implícito en la propia descripción, que incorporará elementos impensables en el Occidente (harenes, banquetes fastuosos todas las noches, etc.) *Ibíd.*, p. 209. Ver además pp. 207-209.

²⁷ *Ibíd.*, p. 210.

presencia de estos elementos que no presentan asidero de ningún tipo en el relato, invoca autenticidad.²⁸

El análisis de la figura de la inversión que define la retórica de la alteridad, adquiere nuevos matices al permitirnos pensar las dificultades con las que el escritor orientalista lidia no sólo al intentar describir la otra cultura sino, además al intentar escribirla.²⁹

Se decía líneas antes, que los escritores orientalistas, al comenzar su relato, estaban ya atravesados por ciertas representaciones orientales que en el transcurso de sus lecturas habían internalizado. Sin embargo ¿cómo se configurarían estas lecturas, cuáles serían los condicionamientos que las transitan y las dirigen en su transcurso?

Es posible identificar en cada época, en los diferentes medios, ciertas modalidades compartidas del leer que permiten, partiendo de ellas, situar los gestos individuales. La construcción del sentido, es histórica y socialmente variable, es capturada "(...) en el cruce entre, por un lado, las propiedades de los lectores (dotados de competencias específicas, identificados por su posición social y sus disposiciones culturales, caracterizados por su práctica de leer) y, por otro, los dispositivos escriturarios y formales [...] que son los de los textos apropiados por la lectura (...) "³⁰ La lectura puede, efectivamente, entenderse como práctica puesto que esta noción da cuenta de una acción, siendo esto lo que está en juego en el acto de leer; las lecturas no se ofrecen a los individuos pasivamente, contrariamente son ellos quienes se las apropian, resignificándolas y dotándolas de nuevo sentido.

W. Beckford (1759-1844) y Lord Byron (1788-1824), crecieron fascinados por aquellos relatos que se desenvolvían en escenarios orientales. Beckford desde niño coleccionaba grabados orientales y se mostraba deslumbrado por la lectura de *Las mil y una noches*, y en su juventud, por ejemplo, tradujo varios manuscritos árabes. Por su parte, Byron, fue uno de los más fervientes admiradores de Beckford, había leído *Vathek* (1786) infinidad de veces y se refería a éste como "mi Biblia". Marcadamente filhelenista, murió enfermo participando de la guerra de independencia de Grecia en abril de 1824.

²⁸ *Ibíd.*, p. 210.

²⁹ Augé, Marc: *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa, 1998, pp. 13-14.

³⁰ Chartier, Roger: *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Gedisa, 1993, p. 36. Ver también Chartier, Roger: "Introducción a una historia de las prácticas de lectura en la era moderna (siglos XVI-XVIII) en Chartier, R.: *El mundo como representación*, Barcelona Gedisa, 1999.

Ambos escritores no sólo se entregaban a la lectura de innumerables obras de ficción, sino que también eran asiduos lectores de producciones históricas.³¹ El propio Byron admitió haberse inspirado en la obra de Diodoro Sículo y en la *Historia de Grecia* de Mitford al escribir *Sardanápalo* (1821). Por su parte, Beckford que además estaba muy informado sobre historia, literatura, arte y modo de vida medio oriental, se reconoce estimulado, al componer la figura de Vathek, por la descripción que d'Heberlot efectúa en su *Bibliothèque Orientale* (1697). Era, entonces, a este constante sistema de referencias, al que aludía E. Said al proponer al orientalismo como "sistema constituido por citas de obras y autores". Beckford y Byron construyen y representan al Oriente a partir de un Oriente ya construido y representado. Resignificaron lo ya significado, apropiándose de un sentido que muchas veces no se les ofrecía pasivamente.

Sin embargo ¿cuál sería la especificidad del mundo oriental capturada por ambos escritores en el transcurso de sus lecturas? Las preguntas que se plantearon y las curiosidades que los habitaron, deben ser pensadas en el interior del marco histórico-social en donde éstas surgen y los autores se sitúan. De este modo, se nos facilitaría la comprensión de sus conceptualizaciones al entenderlas como el consecuente producto de ese presente en el que tanto Beckford como Byron vivieron. Las realidades capturadas en los escritos de ambos autores, deben entenderse a partir de su contextualización originaria, sin embargo, debe reconocerse que al intentar esta operación estaríamos persiguiendo la puesta en contexto no sólo de las obras de los autores, sino también de sus propias lecturas, desde nuestro presente, por lo que, esta contextualización no sería, al fin, totalmente aséptica.

¿Por qué? Por las mismas razones que anteriormente esgrimíamos a propósito de las cuestiones ligadas a la práctica de la lectura en tiempos de Beckford y Byron, porque nuestras preguntas y nuestras curiosidades estarían planteadas desde nuestro presente, tornándose inapresable aquella realidad que era capturable en el siglo XVIII.

Así, finalmente, incluso nuestra pretensión de abordar ciertas representaciones del Oriente a partir de la obra literaria de estas personas, termina por correr el riesgo de reconfigurar

³¹ Es probable que hasta bien entrado el siglo XVIII, la palabra novela pudiese referirse a una historia tanto verdadera como ficticia (Kant incluso, recitaba poemas en medio de sus clases). La naturaleza pronunciadamente retórica, argumentativa y apologética de los escritos históricos del siglo XVIII, posiblemente, imposibilitó el surgimiento de una brecha irreconciliable entre la novela y la historiografía. Ankersmit, F. R.: "La verdad en la literatura y la historia", en Olábarri, I. y Capistegui, F. J. (dir.), *La nueva*

aquel discurso orientalista que en un primer momento se intentaba derrumbar, termina en cierto modo, reproduciendo y extendiendo aquel sistema de citas y referencias. No obstante, al ser consciente de ello, al no pasarse esta cuestión desapercibida, ha dado ya, a mi parecer, el primer paso para desmantelarlo.

El Oriente representado en una figura puntual:

El harén, sintetizado en sus mujeres

En las partes anteriores del trabajo, se ha intentado dar cuenta por un lado, de lo problemático del abordaje de aquel Otro que desde el lenguaje, se torna inaprehensible. Por otra parte, se ha tratado, también de indagar en aquellos marcos de referencia que forjaron la mirada de los autores que aspiraron a representar al Oriente. En esta última parte se explorarán, puntualmente, las configuraciones del harén y las de las mujeres que de él forman parte.

Generalmente, el harén era representado como un lugar de abandono y desenfreno en donde lo erótico y lo exótico en su desmesura, deslumbraban al público occidental.

En las dos obras que se analizarán, el harén y su voluptuosidad se sintetizarán en la presencia de una de sus mujeres, y en ambas composiciones alguna de ellas,³² habilitará sucesos centrales que se volverán determinantes en el desenlace.

Tanto *Vathek*³³ como *Sardanápalo*³⁴ poseen, además, otro rasgo en común: la presencia definitoria de un extranjero en el relato. Un extranjero en el extranjero. Un extranjero que refuerza lo exótico del relato. En el primer caso porque de tan extranjero se vuelve indescifrable hasta avanzado el cuento, en el segundo porque su mera presencia afirma -en lo exacerbado de sus pensamientos- las diferencias entre el mundo que habita y aquel que dejó. El Giaour de *Vathek*, proviene de un lugar desconocido de la India; intrigante, es en el relato de Beckford, el más exótico entre los exóticos, el más inextricable y el menos confiable de los personajes. Mirra, la esclava preferida de Sardanápalo, es griega y en

historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinarietà, Madrid, Complutense, 1996, pp. 53-54.

³² Nuronihar en *Vathek*, Mirra en *Sardanápalo*.

³³ Beckford, William: *Vathek*, Buenos Aires, Hyspamérica ediciones, 1983.

³⁴ Byron que escribió esta pieza en 1821, tomó los ingredientes fundamentales de la leyenda asiria y los introdujo en su obra atendiendo a las unidades clásicas que lo obligaban a circunscribir el comienzo y el fin del drama en un sólo día. Así la rebelión, el asalto al palacio y la muerte de Sardanápalo transcurren en una jornada. Lord Byron: *Sardanápalo*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1974.

tierras lejanas añora a su mundo y a sus gentes, evoca sus costumbres en silencio y se entristece al hacerlo. El componente griego no sólo se hace presente en la figura de Mirra; en el relato de Beckford, Carathis la madre de Vathek es también griega. No obstante, mientras que en *Sardanápalo*, Grecia representa en Mirra el coraje y la altivez de aquellos héroes a los que Byron tanto admiraba, en *Vathek*, Grecia transmite la ciencia, y al mismo tiempo el arte de la oratoria y la persuasión.

La tragedia de Byron es, no obstante, bastante menos recargada en la utilización de recursos y figuras para caracterizar tanto al Oriente como a las conductas "orientales". Si bien Sardanápalo es presentado como un hombre de vida manifiestamente disoluta, es también una persona benévola, es un rey que reniega de la conducta despótica que sus súbditos esperan de él. "(...) Aborrezco todo dolor, cualquiera sea la víctima.[...] Por Baal, he hecho cuanto hacer podía por endulzar su destino; no he declarado guerra alguna, no he decretado nuevos impuestos [...] y encima les he dejado pasar sus días a su antojo (...) "³⁵

A Vathek se lo describe como un califa de gran magnificencia, que también posee una decidida inclinación hacia los placeres terrenales y a la satisfacción de los sentidos. Incluso ha mandado construir un palacio para la gratificación de cada uno de ellos. En el transcurso de la historia terminará descubriéndose como esclavo de los mismos, con una marcada proclividad al despotismo y la ambición irrefrenable. Para dar cuenta de ello, Beckford hará uso de un sin fin de imágenes y figuras que girarán en rededor de la idea de voluptuosidad, de sensualidad. Alusiones a todo tipo de bienes suntuarios inundan el relato.

En la primera parte del trabajo, se indagaba la idea de representación, se exploraba cómo ésta en el intento de sustituir a un ausente para darle presencia terminaba, paradójicamente, confirmando su ausencia. Beckford -como Byron- representa, intenta reponer al Oriente en el relato, y lo hace través de un minucioso manejo de datos. Él le "prueba" al lector que sabe, que conoce bien aquello de lo que habla. Pareciera, por momentos, que parte del cuento se tratara de una mera compilación de diversos elementos ordenados en distintas categorías (metales preciosos, piedras preciosas, pieles, animales exóticos, etc.), para así, a través de la minuciosa descripción, colmar con fingida presencia la ausencia que la representación propone. Byron, por su parte, apuesta en cambio, a convencer al lector generando en él ciertas emociones, diferentes sensaciones, no tiene esa

³⁵ Lord Byron, op. cit., I esc. II.

ansiedad de coleccionista -y éste es un punto en el cual después me gustaría detenerme- tan característica de Beckford. Describe en la voz de Salámenes (cuñado y hombre de confianza de Sardanápalo) al rey y a su harén de una manera inquietantemente sugestiva: "(...)¡Escuchad!, el laúd, la lira, los sonos lascivos de esos instrumentos que convidan al sueño; la dulce voz de las mujeres y la de esos seres que están por debajo de las mujeres, se unen a la voz de la orgía [...] Aquí están: ya llegan hasta mí los odoríferos vapores que esparce a su paso el perfumado cortejo [...] ¡Aquí llegan las esclavas a las que guía un monarca súbdito de sus esclavas!(...)".³⁶ La misma impresión de lujuria y promiscuidad se descubre en el diálogo siguiente:

"(...) Sardanápalo- ¡Por el Dios Baal. Este hombre [Salámenes] quisiera hacer de mí un tirano!

Salámenes- Un tirano eres. ¿Te figuras que no hay más tiranía que la de la sangre y de las cadenas? El despotismo del vicio... los males de una sensual molicie producen diez mil tiranos cuya fatal crueldad deja atrás los actos más odiosos de un amo enérgico, por duro y bárbaro que sea éste. Los pérfidos ejemplos de tus excesos corrompen tanto como oprimen, y minan al propio tiempo todo tu vano poder y lo que lo sostendrían.(...)"³⁷

En Beckford la idea de colección es recurrente, en efecto en *Vathek* todos son coleccionistas. Vathek colecciona conocimiento; su madre Carathis, la mudez y la pestilencia; Eblis corazones congelados. Así este autor construye el discurso orientalista mediante el manejo cuantitativo del "elemento exótico", mientras Byron lo lleva adelante a través de cierta piroeta cualitativa que, no obstante también ensaya, como en el caso anterior, el efecto de restitución de la ausencia en el intento de relatar el Oriente.

En líneas anteriores, hacíamos referencia al protagónico y decisivo papel de algunas de las mujeres en el relato. En *Vathek* la revelación de Nuronihar le presta fuerzas al califa para proseguir el camino hacia el infierno guiado ahora no sólo por su propia ambición sino también por la de ella. Por otra parte no es menos importante el lugar que Carathis ocupa en el relato. Caracterizada como una mujer perversa, admiradora de los poderes infernales, es quien en un primer momento guía a Vathek tentándolo con visiones de poder y gloria, y ya sobre el final (tan ambiciosa como él), será ella quien al enterarse que éste había abandonado la búsqueda de los tesoros del infierno, concurra en su ayuda junto a su oscuro

³⁶ *Ibíd.*, I esc. I.

acólito. Las mujeres de Beckford son ambiciosas, ansían una vida de deleites y magnificencia. No obstante, la griega Carathis anhela también el conocimiento (por esto creo que no es casual el gentilicio) y el manejo absoluto de las ciencias ocultas, es ésta la razón por la que convencerá a su hijo de ser consecuente con las extrañas solicitudes del Giaour indio discípulo de Eblis. Sin embargo, su condición de extranjera no destaca en el relato (como se decía anteriormente éste es el lugar que ocupa el indio), ella vive como una más en el mundo de su hijo; la situación de Mirra es muy diferente. Ella es una esclava, una extraña en una tierra extraña con usos extraños. No ha elegido su itinerario, ha viajado hacia un paisaje que desconoce. Es la esclava preferida del rey que la ama y la ha elegido como compañera aun sobre su propia esposa. El erotismo se elabora en su figura mediante componentes complejos. Ella es una extranjera que ha terminado por amar a su amo, que ha llegado también a amar una tierra que no es la suya, aconsejando al rey incluso en sus asuntos políticos. No obstante ello, la habitan innumerables contradicciones respecto a este hombre que a su parecer está lejos de conducirse como un soberano digno. En soledad entonces, se pregunta "(...)¿Por qué amo a este hombre? Las hijas de mi patria sólo aman a los héroes. ¡Pero yo no tengo patria! [...] en mi propio pensamiento me siento envilecida por el amor que tengo a este extranjero(...)".³⁸ Sardanápalo perdido en ella, la convierte en el perfecto modelo de deseo de lo Otro, pues pareciera que es esta última condición la que refuerza el amor que siente por ella cuando exclama "(...)¡Oh, mi elocuente jónica!, tus palabras son más armoniosas que los coros de esos cantos trágicos de que te he oído hablar como del pasatiempo favorito de la apartada tierra de tus padres(...)"³⁹ y también cuando le reprocha "(...)Observo que vuestro sexo, una vez irritado, es, a despecho de su timidez, vengativo hasta un grado de perseverancia que no quiero yo imitar. Te creía libre de ese sentimiento tanto como de la pueril debilidad de las mujeres asiáticas(...)".⁴⁰ Claramente, en este último comentario el rey la instituye como el Otro, aquel que es lo inverso de nosotros. Sardanápalo ama y desea a ese Otro, que supuestamente está exento de los errores de los suyos, y por eso al vislumbrar en ella una cualidad que él cree que no le corresponde, no lo

³⁷ *Ibíd.*, I esc. II.

³⁸ *Ibíd.*, I esc. II.

³⁹ Pareciera ser que Byron elige referirse a Mirra como "jónica" porque había leído en la *Historia de Grecia* de Mitford, que era éste el nombre genérico con que se designaba a los griegos entre los pueblos del Medio Oriente. *Ibíd.*, I esc. II.

⁴⁰ *Ibíd.*, II esc. I.

comprende y se sorprende. En el transcurrir de la tragedia, juntos harán frente a la rebelión y juntos se suicidarán cuando el trono ya, prácticamente se haya perdido. Más allá de esto, ella se siente hasta el final una extranjera y excusará, al fin, su devoción para con Sardanápalo en la siguiente frase: "(...)me parece que le quiero aún más al percatarme de que le aborrecen los bárbaros, sus súbditos, enemigos naturales de cuanto atañe a Grecia(...)".⁴¹

Occidente construye, entonces, un Otro que exuda exotismo, un exotismo impregnado de connotaciones eróticas, puesto que ese erotismo a su vez necesita de los artilugios que el exotismo le presta para constituirse en tal. La sexualidad se objetiva en ese Otro exótico -en la figura de la princesa Nuronihar y en la de esclava Mirra-, y así, el Otro se vuelve objeto y no sujeto de deseo sexual. No solo la persona oriental sino que Oriente en sí, se cosifica, siendo en tanto que objeto-cosa domesticado, controlado, susceptible de ser "coleccionado". Y es en ese anhelo de colección en donde lo exótico se vuelve excéntrico para aquél que lo posee.

Así entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, Oriente se volverá una forma particular de excentricidad. Observado y visitado como una reserva infinita de extravagancias.

⁴¹ *Ibíd.*, I esc. II.

Bibliografía

- Beckford, William: *Vathek*, Buenos Aires, Hyspamérica ediciones, 1983.
- Lord Byron: *Sardanápalo*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1974.
- Ankersmit, F. R.: "La verdad en la literatura y la historia", en Olábarri, I. y Capistegui, F. J. (dir.), *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Complutense, 1996.
- Augé, Marc: *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- Barthes, Roland: *S/Z*, México, Siglo XXI, 1997.
- Bernal, Martin: *Atenea Negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Barcelona, Crítica, 1993.
- Bloom, Harold: *La compañía visionaria. Lord Byron-Shelley*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2000.
- Chartier, Roger: *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Gedisa, 1993.
- Chartier, Roger: "Introducción a una historia de las prácticas de lectura en la era moderna (siglos XVI-XVIII)" en Chartier, R.: *El mundo como representación*, Barcelona Gedisa, 1999.
- Derrida, Jacques: *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- Derrida, Jacques: *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.
- Derrida, Jacques y Dufourmantelle, Anne: *La hospitalidad*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1997.
- Enaudeau, Corinne: *La paradoja de la representación*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1999.
- Foucault, Michel: *Las palabras y las cosas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, Cap. VII.
- Foucault, Michel: *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 2002.
- Geertz, Clifford: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2002.
- Hartog, François: *El espejo de Heródoto*, Buenos Aires, FCE, 2003.
- Iglesia, Cristina: "La mujer cautiva: cuerpo, mito y frontera" en Duby, Georges y Perrot, Michelle: *Historia de las mujeres. Del renacimiento a la Edad Moderna*, Madrid, Taurus, 1993.

- Milner, Jean-Claude: *Introducción a una ciencia del lenguaje*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2000.
- Murphy, Susana: *El Otro en la Historia: el extranjero*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1995.
- Negrón, María: *Museo Negro*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 1999.
- Said, Edward W.: *Orientalismo*, Barcelona, Mondadori, 2003.
- Steiner, George: *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*, México D. F., FCE. , 1995.
- Todorov, Tzvetan: *Nosotros y los otros*, México, Siglo XXI, 2003.
- Zecchetto, Victorino: *La danza de los signos. Nociones de semiótica general*, Buenos Aires, La Crujía Ediciones, 2003.